



EL MUNDO. DOMINGO 10 DE FEBRERO DE 2019

la
Este
era
pde
capel

Más
ca's

ANGÉLICA LIDDELL

El azote de los puritanos y los ofendidos

La artista presenta en los Teatros del Canal su último trabajo: una reflexión en torno a 'La letra escarlata', de Hawthorne, en el que apuesta por un arte alejado de cualquier regla moral y reivindica a una mujer que ame al hombre

POR JOSÉ LUIS ROMO

TEA
TRO

«En mi sueño aprieto falos como ramos de flores. Ya sabes que el deseo siempre es puritano. La virtud, más excitante que el vicio». Angélica Liddell escribe estas trémulas líneas en *Una costilla sobre la mesa*, su último libro, editado por La Uña Rota el año pasado. En él, narra la muerte de su padre de forma tan escalofriante como bella y en sus páginas tam-

bién se halla la génesis de su último espectáculo, *La letra escarlata*, que el jueves 14 llega a los Teatros del Canal. «Estoy pensando en alojarme durante un tiempo con unas monjas carmelitas para trabajar sobre *La letra escarlata*, para bordar mi letra escarlata, para rezar, para averiguar cuál es mi delito, para discernir qué parte de la infamia necesitan los otros, y discernir hasta dónde llega mi infamia. Estaré

bien con las religiosas, hacer teatro es como rezar, y la belleza es una obligación».

Hace ya largo tiempo que la artista decidió no dar entrevistas, tanto a medios nacionales como internacionales, por lo que la única forma de acercarse a su subversivo pensamiento es recurrir a sus cartas a Dios (*Una costilla sobre la mesa* es exactamente eso) e intentar descifrarla. Igual que ocurre con su violento teatro.

En tiempos del #MeToo, la Liddell juega a la contra con su nuevo montaje, estrenado el pasado diciembre en el Centro Dramático Nacio-

nal de Orleans. En esta pieza, llena de poderosas imágenes (10 performers apolíneos rodean a la diva) denuncia el asfixiante puritanismo de los tiempos en los que vivimos, quizás no tan lejanos a esa opresiva Nueva Inglaterra que Nathaniel Hawthorne retrató en su novela. «A medida que aumenta la ignorancia aumentan los ofendidos. La cobardía y la mojigatería son más agresivas que nunca», escribe esta performer ausente de Twitter o de cualquier red social, «ese nuevo imperio de los puritanos que hielan todo cuanto tocan, que alisan cualquier atisbo de complejidad, esa nueva cúspide de la caza moral, perseguidores habilitados en nombre



Angélica Liddell.

“A medida que aumenta la ignorancia aumentan los ofendidos. La cobardía y la mojigatería son más agresivas que nunca”

de una justicia de revista de peluquería».

Venerada en el Festival de Avignon, Liddell ha utilizado la novela de Hawthorne para reflexionar sobre el papel del artista en nuestros días. Mientras en las redes se discute si Woody Allen tiene derecho a seguir trabajando por los supuestos abusos a la hija de Mia Farrow, ella reivindica a un pintor y un asesino como Caravaggio. Su tenebrismo en el camino de esta alma oscura. «Hasta Nápoles llegó Caravaggio acusado de asesinato y condenado a muerte. Lo grandioso surge del terror», ruga. «Llegará un día que ni siquiera poda-

mos exhibir a los antiguos maestros, un nuevo Farenheit llegará [...] ¿Qué obras degeneradas eliminarán de los museos y las bibliotecas? ¡Oh, Genet! ¡Oh, Nietzsche! ¡Oh, Sade! ¡Oh, Nabokov! ¡Oh, Tiziano!».

Para Liddell, el arte moralizante o bienpensante no es, sencillamente, arte. Como demostró en su anterior montaje, *¿Qué haré yo con esta espada?*, en el que sacralizaba el asesinato del escritor caníbal Issei Sagawa, sus obras quedan al margen de cualquier esquema moral y eso las hace muy peligrosas para el público porque sus funciones zarandean y hieren. La A que quiere coser a su pecho en *La letra escarlata* no es la de adúlter-

ra, sino la de artista. «Cantamos a la consagración de la libertad en su lucha contra el despotismo blanco y la guardia de las buenas costumbres. La expresión está por encima de la ofensa. Entre la A de adúltera y la A de artista se encuentra la A de ángel».

En su acercamiento a la novela de Hawthorne, que Harol Bloom calificó como una Eva americana, Liddell pone a la mujer en el centro de la función. Pero su idea de la mujer resulta controvertida ante la nueva ola feminista. El *New York Times* en su reseña del espectáculo en París cuenta que se escucharon risas incómodas durante sus salvajes monólogos confesionales. «No me gusta

este mundo en el que las mujeres han dejado de amar a los hombres», dice en el arranque; «no queda ninguna mujer que ame lo suficiente». Su amor significa sumisión, sumisión a Dios, un Dios al que ruega una respuesta que nunca recibe. «¿Será el silencio una forma de correspondencia?», se pregunta.

Las más de 2.500 entradas para *La letra escarlata* en el Canal llevan meses agotadas, una prueba más del poder de fascinación de esta artista con la que muchas veces cuesta distinguir los límites de su vida y arte. Una nueva cita con una mujer que «con sólo meter un pie en el agua envenena un río». Palabra de Angélica.